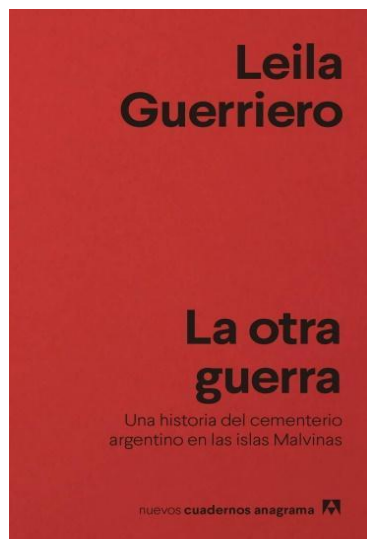


// Reseñas //



La otra guerra.

Una historia del cementerio argentino en las Islas

Malvinas

Leila Guerriero

Anagrama

2021

Repensar Malvinas

María Emilce Graf¹

Recepción: 2 de octubre de 2022 // Aprobación: 21 de noviembre de 2022

El 2 de abril de 1982 el por entonces presidente de Argentina teniente coronel Leopoldo Fortunato Galtieri convoca al pueblo a la Plaza de Mayo para informar que las tropas argentinas habían desembarcado en las Islas Malvinas. Las mismas llevaban 149 años bajo dominio inglés con el nombre de Falkland Islands, y cuya soberanía era reclamada por nuestro país. Tiempo después, el 14 de junio de ese mismo año la guerra terminó. El teniente coronel Galtieri anunció la rendición: “Nuestros soldados lucharon con esfuerzo supremo por la dignidad de la nación. Los que cayeron están vivos para siempre en el corazón de la historia grande de los argentinos” (9). Seiscientos cuarenta y nueve soldados y oficiales murieron en las islas. “El nombre de más de cien de ellos demoró treinta y cinco años en ser esculpidos. No en la historia grande sino en una lápida” (9) afirma Guerriero.

¹ Profesora y Licenciada en Letras por la Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco. Auxiliar de Primera en la Cátedra Literatura Patagónica de la UNPSJB. Integrante del Grupo de Investigación de Culturas, Literaturas y Comunicación Social del Sur. E-mail: megraf@gmail.com

La otra guerra. Una historia del cementerio argentino en las islas Malvinas (2021) surge a partir de una nota de investigación realizada durante la pandemia para el diario español *El País*. Este libro se ocupa de una de las esquivas más sombrías de la historia argentina: la identificación de cientos de cuerpos de soldados argentinos que luego de la contienda fueron sepultados de manera anónima con una cruz bajo una leyenda que decía: “Soldado argentino sólo conocido por Dios” (11).

El recorrido histórico realizado en esta obra por la periodista Leila Guerriero visibiliza los conflictos *a posteriori* que ocurrieron una vez finalizada la Guerra de Malvinas cuando “miles de soldados regresaron a sus casas, pero, salvo excepciones, el Estado no notificó oficialmente la muertes de quienes no volvieron” (9), “ninguno había recibido notificación oficial de los fallecimientos ni datos acerca de cómo se habían producido, jamás habían sido contactados por funcionarios de ningún gobierno ni por el ejército que había llevado a sus hijos a la guerra” (22). Guerriero entreteje este relato con las entrevistas a familiares de los soldados que habían sido enviados a dicho conflicto bélico: “¿Alguien sabe dónde está Andrés Folch?!” “¿Julio Cao, dónde está Julio Cao?” “¡¡Araujo, soldado Araujo!!” (10).

La autora describe el minucioso trabajo realizado por el militar británico, Geoffrey Cardozo, de 32 años, quien había sido enviado a las islas con el objetivo de ayudar a su tropa en la posguerra. En el lugar se encontró con “un panorama inesperado: los cuerpos de los combatientes argentinos seguían esparcidos en el campo de batalla” (10). Lo comunicó a sus superiores y estos al gobierno argentino que todavía estaba bajo el dominio de la junta militar. La respuesta fue ambigua: por un lado, el gobierno autorizaba al entierro de los soldados caídos pero, por otro, se reservaba el derecho de decidir el traslado de los restos desde esa parte del territorio al continente. Desde ese momento comenzó un conflicto geopolítico que persiste hasta la actualidad: esos cadáveres enterrados son la única presencia argentina en las islas. En palabras de la autora, “no se repatria lo que está en el suelo propio” (11).

A partir de ahí, Geoffrey Cardozo recibió la orden de armar un cementerio que luego recibiría por nombre Cementerio Darwin, en referencia a la ubicación geográfica cerca a Puerto Darwin en la isla Soledad. Allí, este militar británico ejerció un oficio fúnebre a pesar de no haber sido entrenado para ello: “recogió cadáveres insepultos, exhumó los sepultados, revisó uniformes buscando documentos, carnets, placas identificatorias: los rastros de la identidad (...) los trasladó al cementerio. Los envolvió en tres bolsas y escribió con tinta indeleble el nombre del sitio donde había sido encontrado” (11). La elaboración del informe minucioso que describe dónde fue hallado cada cuerpo y en qué condiciones, fue enviado a su gobierno para que sea remitido a la Cruz Roja y luego al gobierno argentino. Por alguna razón

esta información no llegó a manos de las familias de los soldados fallecidos y no fue sino hasta 2008 que fue entregado por el propio Cardozo al excombatiente Julio Aro.

El libro de Leila Guerriero refleja el valor que adquiere ese informe en la sociedad argentina, permitiendo visibilizar los conflictos que surgen a partir del trabajo realizado para la exhumación de los cuerpos y posterior identificación de los mismos: “Nos agredieron, nos dijeron que ellos no iban a permitir que eso se hiciera, que éramos profanadores de tumbas, que era un manejo para traer los restos al continente” (28). El Equipo Argentino de Antropología Forense tuvo la tarea de explicarles a los familiares la diferencia entre identificar un cuerpo y traerlo al continente. Y aclarar que quienes quisieran traer los restos pudieran declarar que querían hacerlo aunque no hubiera específicamente ningún plan concreto diagramado para esto. Como consecuencia de los malos entendidos producidos por esta situación, se llevó a cabo en el año 2016 el denominado “Plan de Proyecto Humanitario” en el que peritos argentinos, ingleses y españoles tendrían como tarea abrir “las tumbas no identificadas; que los cuerpos debían exhumarse e inhumarse el mismo día (por el temor de los familiares a que los retiraran del cementerio)” (32).

La otra guerra visibiliza, además, la disputa entre quienes equiparan a los caídos con los desaparecidos, mientras otros señalan que entre los muertos de Malvinas se encuentran oficiales y suboficiales que cometieron torturas contra los soldados durante la guerra. Entre las entrevistas realizadas a familiares, integrantes del Equipo de Antropología Forense y de la Comisión de Ex Combatientes Islas Malvinas (CECIM), Guerriero conversa con Hugo Robert, uno de los ingenieros que estuvo en la compañía C del regimiento 7, quien afirma: “En la Confederación de Veteranos de Guerra, por ejemplo, hay soldados y militares. Ellos dicen: ‘Son todos héroes’. Nosotros no nos consideramos héroes. Los únicos héroes son los caídos. Pero muchos excombatientes ahora desfilan con torturadores. Nosotros no. No voy a desfilan con un oficial que torturó o se alzó en contra de la democracia” (53).

Leila Guerriero narra la violencia simbólica que subyace no sólo entre los soldados y los oficiales, sino también entre el Estado y las familias de los excombatientes ante la ausencia de información y localización de los cuerpos. Por ejemplo, Mabel Godoy, novia del ex combatiente Víctor Rodríguez explica que su familia no había recibido información del soldado luego de finalizada la guerra, recorrieron hospitales, hasta que fueron citados por el Ministerio de Defensa donde a la madre de Víctor le dijeron “que no pierda las esperanzas, que hay chicos prisioneros que están en Malvinas, que a algunos los llevaron a Inglaterra” (84) pero segundos después citaron a Mabel para explicarle: “Este chico, Víctor Rodríguez, era un gran chico, pero el mundo está lleno de grandes chicos (...) Este falleció en Monte

Longdon el día 10 de junio. A tu suegra le dije que había prisioneros, pero viste como son las madres' y me dice: 'Si vos querés, contáselo'" (85). La historia se vuelve paradójica, ¿quién debe o "está autorizado" a contar los hechos?, ¿por qué se oculta la información a los familiares?, ¿de qué o por qué se los quiere proteger?.

Cada una de las historias de *La otra guerra* forma parte de un rompecabezas que visibiliza la inacción institucional, el orgullo nacionalista y la sombra de la dictadura. En ellas persiste la memoria como un encuentro, como un hilo invisible que intenta develar las consecuencias de un informe que estuvo escondido por más de veinticinco años.

La obra de Leila Guerriero visibiliza los hechos que rodean a la Guerra de Malvinas y trabaja con lo dicho y lo no dicho, con la reivindicación de un reclamo que forma parte de la historia argentina, con una historia pasada que sigue presente. Las Islas Malvinas parecen un territorio distante, lejano, donde ni los propios familiares de los excombatientes pueden llevarse un pequeño recuerdo: "Muchos habían recogido piedras de las tumbas, pero los obligaron a desprenderse de ellas en el control de seguridad" (36).

Como una herida abierta, latente en la memoria, Malvinas persiste en el recuerdo de cada familiar que ha perdido a un integrante. Dice Adriana Rodríguez Guerrero, la hermana de Gustavo Rodríguez, soldado de 18 años fallecido en dicho conflicto bélico: "Yo pensé que en estos treinta y siete años ya había llorado, ya había hecho el duelo. Pero no. Se ve que todavía lo esperaba. Pero a partir del reconocimiento ya se hizo un corte (...) Nunca me imaginé que lo habían puesto en una tumba" (91). El proceso de identificación y duelo que realizan los familiares luego de recibir la información permite recuperar parte de su historia de vida, reestructurar la historia con sus muertos (ya sea entre familiares de los caídos o entre sus compañeros en el campo de batalla) en el marco de un proceso de transformación de esta memoria respecto a Malvinas.

En la lectura que realizamos de este libro nos convertimos en testigos de los hechos, nos quitamos las vendas de los ojos para acceder a la otra historia que no nos contaron sobre Malvinas: sobre los soldados que no pudieron regresar, sobre sus familias, los pedidos, los reclamos y las controversias que aún persisten. Leila Guerriero da a conocer una verdad tal vez incómoda, de la que intenta despojar, en lo posible, sus opiniones y valoraciones personales. Sin embargo, no le quita importancia a la causa por la soberanía y las luchas emprendidas por el reconocimiento de los excombatientes en la Guerra, pero sí apela a ampliar reflexiones sobre la historia insular entendiéndola como medio para un proceso abierto hacia un pasado y hacia un futuro.

La otra guerra invita al lector a trazar su propio recorrido para poder conocer la otra historia que no nos contaron. Esta obra nos abre una puerta a la revisión, al diálogo y a la búsqueda de respuestas porque la historia acerca de Malvinas no termina con una Guerra sino que persiste en la actualidad.